

Aventura del pequeño abducido

(Continúo)

Umaña, febrero 20

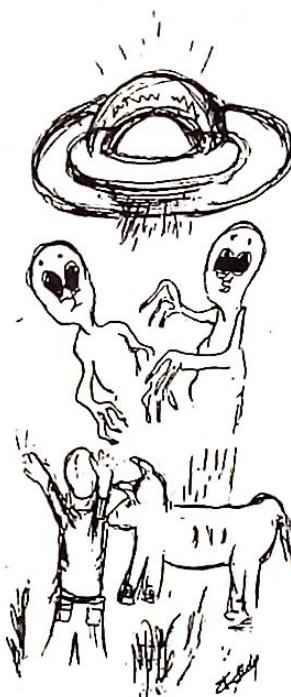
Señor Doctor Patzi, Subprefecto:

Hace doce días he denunciado ante su autoridad y ante el Sr. Sargento Jefe Provincial de Policía de Patacamaya, la desaparición de mi hijo Raúl de 11 años y de una vaquilla que él cuidaba, junto con otros animales, en un pastizal alejado de mi casa.

Pero ahora, señor, resulta que mi citado hijo y la vaquilla han aparecido, como si nada, en el mismo sitio. Y lo raro, después de tanto alboroto que hemos hecho, es que el chico está tan cambiado que ni su madre, mi mujer, lo puede reconocer, porque tiene el aspecto de un joven de veinte años o más y luce incluso algo de barba. La vaquilla, cosa increíble, hasta tiene ubres como una vaca cualquiera. Ambos están flacos y mi hijo tiene una mirada extrañada como de un lunático y casi no recuerda nada. En fin, nos están pasando cosas como en un mal sueño y parece todo una maldición que no sabemos de dónde viene. Mis otros dos hijos, mi mujer, uno de mis peones y yo mismo vivimos austados a causa de la situación; además veo que me veré obligado a sacrificar a la vaquita porque ni pararse pude de puro desnutrida.

Ahora bien, hasta para efectos legales, permítame informarle ciertos asuntos horribles que Raúl parece habernos traído como regalo del diablo después de haberse perdido solamente doce días. Él está muy enfermo, luce un aspecto que nos causa temor y balbucea cosas que sólo entiende en parte mi hijo mayor, Felipe, que tuvo que venir apresuradamente desde la capital. Parece que el niño, mocetón desde ahora, contó que la tarde que desapareció se hallaba tranquilo tocando algo de música en el organillo de juguete que le regalamos por Navidad y que de repente las ovejas y las vacas, todas a un tiempo, se pusieron nerviosas y asustadas ante un bulbo enorme que apareció silenciosamente en el cielo a pocos metros de altura. El objeto era tan grande y de forma tan extraña que Raúl sólo atinó a mirar boquiabierto sin poder hacer nada más que abrir los ojos lleno de espanto. Ante la impresión de un suceso tan extraordinario sintió que perdía el conocimiento poco a poco, pudiendo sin embargo, observar que del bulbo emergían unas lenguas de luz brillante y que por allí descendían dos seres gigantescos de aspecto nunca visto y que tomando a la vaquilla como si fuera un conejo inmóvil se la llevaban hacia el aparato del que habían salido. Éste tenía la forma de un enorme plato hondo con una especie de tapa puntiaguda que despedía baces de luz roja, lo mismo que los aviones que él había visto algunas veces en el aeropuerto de El Alto. Luego sintió que su cuerpo se hacía tan liviano como una pluma y que flotaba por el aire apaciblemente.

En vista de que Felipe, mi hijo sociólogo que llegó apresuradamente de La Paz, es un estudiante aventajado en la UMSA, puede entender mejor que nadie lo que sarsilla Raúl. Según nos lo explicó después, éste le dijo que había viajado entre nubes en el plato junto con sus captores y que había visto enormes ciudades que muy poco se parecían a las terrestres; que estaba seguro de que los extranjeros habían penetrado en su mente y revisado cuidadosamente su cuerpo mediante aparatos extraños, sin causarle empero el menor daño. También le habían dado de comer una especie de algodones dulces parecidos a los que se venden en las ferias. Le impartieron lecciones acerca de diversos problemas que él no entendió sino a



medias, especialmente acerca de las características de otros mundos y de lejanas galaxias. En medio de su confusión, Raúl comprendió con claridad que los hombres que le habían secuestrado no caían en cuenta - y ése era un error grave en ellos - que él era un muchacho inocente, poco menos que un ignorante y que por ello simplemente no podía entender las cosas que pretendían meterle en la cabeza. Más que comprender, él adivinaba las cuestiones que le enseñaban sobre la composición y realidades de otros planetas, los sistemas que usaban para viajar más que rápido y sobre mil cosas más.

A parte de esto que le cuento, señor Subprefecto, mire Ud. los mamarrachos que habló Raúl cuando su hermano le exigió respuestas concretas y que explique finalmente dónde había estado los 12 días. Dijo con toda seriedad:

- He sido abducido pacíficamente para explorar los mundos de afuera y para recibir conocimientos que me servirán dentro de poco cuando vuelva a viajar con mis amigos los hombres verdes.

- ¿Y cómo es que pudiste viajar tan lejos en sólo doce días y conocer tantas cosas? - exigió Felipe sin mostrar su gran impaciencia.

- Ellos me lo explicaron todo amablemente pero recuerdo sólo lo esencial. El resto lo averiguaré después.

- Por favor. Dinos lo que recuerdas, especialmente lo esencial - remarcó su hermano con cierta habilidad.

- Bueno... claro que recuerdo algo - contestó Raúl, más decidido - Aquí abajo, las velocidades se miden con un referente convencional que es la velocidad del sonido; se dice por ejemplo mach uno, mach dos. ¿Verdad? pues yo he viajado, por así decirlo a 50 ó 60 mach, si no es mucho más rápidamente.

Cuando se le pidió si por ventura sabía cómo lograban aquello los hombres "de verde" como él decía, el muchacho siguió con el hablar tan raro que había adoptado desde que llegara de los aires. Dijo: "Entiendo que las naves espaciales de ellos aprovechan las fuerzas magnéticas que tienen todas las cosas, aún las que están sin movimiento. Sabiendo que un Spin

acerclado a una potencia equis, según sea necesario, adquiere un momento de impulso o momento magnético que puede usarse para transportar partículas en lo óptimo, a una velocidad cercana a la de la luz. Y habiéndose resuelto este problema angular o de magnitud primordial, los demás factores los resuelven de modo menos complicado. En otras palabras, se manejan antiprotones y antielectrones, constituyentes básicos de la antimateria y así se obtiene la fuerza que anula cualquier peso específico y la inercia que hace estables los objetos para quitarles su gravedad hasta el punto cero, a voluntad. Entonces las fuerzas magnéticas hacen el resto. Así las naves pueden viajar sin combustible sólido y aprovechar adecuadamente las grietas o vacíos del espacio, los cuales se han marcado previamente en las cartas de navegación y en las supercomputadoras".

Naturalmente, señor Doctor, al oír estas seudo explicaciones que yo llamo simplemente paparruchas, mi hijo mayor y yo quedamos en ayunas. Creemos sinceramente que Raúl está más tocado de lo que suponíamos ya que él nunca ha sido ni siquiera un alumno aprovechado y a sus once años, respondía a duras penas en la escuela. Aunque es cierto que volvió del espacio mucho más viejo, las cosas que habla nos hacen temer un pronto colapso, o lo que sería mucho peor, la muerte del muchacho y la vaquita dízque "abducidos" o secuestrados con buenas intenciones.

Para terminar, Doctor Patzi, pongo en su conocimiento lo más asombroso de toda esta historia. Raúl ha ocultado debajo de su catre en un rincón de su cuarto, un objeto misterioso que cuida celosamente. Dentro de una cajita metálica, de esas que vienen con cualquier pomada, hay una piedrita de aspecto insignificante del tamaño de un botón de camisa pero redondo como un perdiguón. A muchos ruegos nos ha mostrado la piedrita y la ha colocado sobre una mesa. Entonces el objeto ha comenzado a parpadear y emitir una luz tan brillante que casi daña los ojos. Pero eso no es todo; nos ha puesto por turno el perdiguón en las manos y tanto mi mujer, mis hijos, como yo mismo hemos sentido que la tal piedrita pesa más de medio kilo y casi la dejamos caer al suelo, ¡maldita sea! Después, en reunión de familia hemos decidido llevar la piedra a La Paz y hacer una donación de ella a la UMSA para que los sabios que hay allí la investiguen hasta cansarse.

Y algo más todavía, Raúl nos dijo que si alguien nos pagara diez millones de dólares por la cajita y su contenido, ese alguien haría el mejor negocio de su vida.

Mire Ud. doctor, yo no quiero más problemas, no quiero un maldito dólar por esa cosa. Mi aflicción está en la salud de mi envejecido hijo y la desnutrida vaquita; prefiero que Raulito vuelva a ser el tonto de antes y si la famosa UMSA pudiera darme otra vaquita, volverá a ser todo paz y tranquilidad en mi casa. Eso es lo que quiero.

Su servidor atento,
Pasco Loza

HUGO MERCADO AYALA
Escritor. Cochabamba-1923. Escritor.
Reside en Oruro

